

MEMORIAS

HACE poco más de veinte años escribía Alvarc Armando Vasseur sus recuerdos de juventud, aún inéditos, de los que hoy, cuando el autor cumplió ya los noventa, se nos adelantaron algunos fragmentos (*). Aparecen aquí tal como se los propuso, como "ideas y figuras", estampas aisladas que procuran, no obstante su brevedad y carácter fragmentario, una visión de época bastante coherente, pero sobre todo la presencia inequívoca de un autor digno de ser reconocido tanto por lo que fue como por lo que de su época representó. Nos atrae en primer lugar la llana franqueza con que encara la descripción de algunos personajes literarios relevantes: Darío, presente bajo aspectos poco conocidos, y ante quien el autor, con extrañeza de típico cuño modernista, anota el hecho entonces insólito de que no frecuentara el diccionario; Lugones, Díaz Romero, Gerchunoff, Ricardo James Freire, de quien transcribe, con deleite inderogado, versos plagados de "simbólicas sugestiones" e "interminables perspectivas legendarias". Y Rodó. O mejor dicho, Enrique Rodó Piñeyro, sin el José y con el Piñeyro, de quien Vasseur acentúa así, con arrestos nunca atenuados, el carácter burgués del rentista Rodó Piñeyro, "excelente hijo de viuda", esteticista, libresco, "afectado de frigidez patológica", "un burgués más que tomaba whisky en tetera", apenas "un diletante de tópicos literarios". Sabemos por Vasseur que Rodó no iba a las conferencias de Vasseur, y que reclamaba además, "orden, adaptación y medida" para los "planes" de reforma social que arrebatában a los libertarios de entonces. Sabemos hoy distinguir en qué y por qué nació y se aplicó la pasión, que indudablemente la hubo, de Rodó. Incluso entendemos ahora claramente por qué Rodó buscaba el saludo de Vasseur, y por qué Vasseur se lo llegó a negar. Operaban en Vasseur, más que en otro cualquiera, esos elementos "caracterológicos" cuya importancia suele destacar el propio autor. Así fue que también rehusará saludar a Darío, para no pedirle disculpas por un "ba-tra-cio" que le endilgara, y así también "dejó pasar" a Jaymes Freire al comprobar que se había "endurecido" en el ejercicio de su tarea ministerial. Como también se negará a batirse con Roberto de las Carreras, a quien descalificara como "bastardo", luego de aquel famosísimo y desafortado intercambio de injurias con el que tantos se refocilaran. El carácter altivo de Vasseur aparece teñido y hasta justificado por ese sentido misionero que estaba entonces casi obligado a pregonar con agresiva intemperancia. Reserva en cambio su admiración para Groussac, de quien hace una semblanza tan reverente como justa, y por su intermedio, para sus exégetas Romero y Puciarelli.

DE VASSEUR

Se incluyen además en esta selección algunos pasajes de su infancia, en la Aguada y en Santa Lucía, anotaciones al pasar que hubiéramos deseado más extensas. Revela asimismo algunas de sus peripecias como periodista buscavidas y, sobre todo, su actividad anarco-marxista, repartida entre el Centro Internacional, el Polo Bamba y hasta el Ateneo, en esa tierra de nadie que mediaba entre un batllismo prudentemente progresista y un anarquismo más bien gesticulante, desde donde arrojaba los "peñascos inflamados" de cantos que querían ser augurales aunque sin renunciar por ello al pulcro atuendo del dandy. Proporciona datos de real interés sobre algunas circunstancias del socialismo que buscaba organizarse a comienzos de siglo. Menciona, como certificado de buena conducta cultural, la media docena o poco más de libros que lo introdujeron en aquella "época radiante": Marx, con *El capital*, el *Manifiesto* y *La miseria de la filosofía*, Darwin, Fouillée, Taine, Le Bon, Ribot, Romanés, Fustel de Coulanges y algo de Spencer, base más que suficiente para que pudiera levantar vuelo arduosamente su poesía que proclama sin rodeos "didáctica", recogiendo así con orgullo un término que Zum Felde le aplicara como antítesis de lo poético. Sus ideas, algo inconexas, pero imbuidas de una fe restallante, mezcla de positivismo y vitalismo a la que yuxtapuso una adhesión romántica al Marx más manejable, aparecen expuestas con la magnífica desenvoltura y seguridad que fueron siempre su característica.

El libro, en resumen, más que una idea precisa de lo que significó Vasseur, nos la da mucho mejor de lo que fue y de lo que seguramente sigue siendo, como personalidad de la que podremos prescindir, pero que no merece olvido. Es tarde ya para extraer "enseñanzas" de sus versos. Campea en ellos, entre momentos no escasos de poesía, una complacencia verbal y una extralimitación de sentimientos que se hacen perdonar por la inocencia de sus lujos así como por la tan noble como cándida ostentación de sus múltiples efectos y ricas resonancias. Es, indudablemente, la de Vasseur, una figura querida, un típico montevideano de los que, a principios de siglo, elevaron a su modo su protesta contra la mediocridad de una burguesía que asfixiaba a todo el mundo, burgueses inclusive. Saber algo de su vida, nos permite saber un poco mejor cuál fue la sustancia viva de esos años. Lo que basta y sobra para justificar esta interesante selección.

WASHINGTON LOCKHART

(*) Alvaro Armando Vasseur: *INFANCIA Y JUVENTUD*. Montevideo, Arca, 1969, 102 pp.